



V premio alandar

El anillo de Irina

Care Santos

Alejandro ha contraído una tuberculosis. Por ese motivo, en busca de climas más fríos y saludables, se instala con su padre en un pueblo de la provincia de Soria, donde ambos pasarán los meses de verano. Es allí donde Alejandro y su padre, Víctor, músico de profesión, conocerán a Irina, una joven veinteañera de ascendencia rusa que les seducirá a ambos, pero que dejará en Alejandro una honda huella. Gracias a ella, el chaval dará los primeros pasos de su vocación de escritor. Y también gracias a ella se introducirá en el mundo de la literatura rusa a través de algunos autores de los siglos XIX y XX.

Llevaré tu luz a lo largo de esta vida.

Afanasi Afanasievich Fet

Víctor me dijo una vez que tengo facilidad para enamorarme de mujeres tristes. Tenía razón: algo que siempre me gustó de Irina fue su tristeza. A veces Víctor estaba en lo cierto, incluso cuando no tenía ni la menor idea de lo que pasaba a su alrededor.

Víctor nunca supo con certeza lo que yo sentía por Irina. Para mí hubiera sido una vergüenza tener que reconocerlo, aunque tal vez él lo sospechó alguna vez. Me temo que mis dotes para el disimulo no eran muy notables hace quince años. El amor, recién descubierto, resultó un sentimiento muy desagradable, parecido a una enfermedad nerviosa. Quien se haya enamorado alguna vez sabrá entenderme. No es necesario que sea de la persona equivocada.

Procuré que nadie supiera toda la verdad. Víctor, por otra parte, solía estar siempre demasiado ocupado en sus propios asuntos para prestar atención a los míos. Una de las virtudes que más aprecio en mi madre es su don para intuir qué preguntas es mejor no formular. Y también su talento para escuchar cuando es necesario. Nunca le dije, aunque ella lo supo, que Irina fue la primera chica que me partió el corazón. Y también la única. Tampoco le mostré jamás el anillo que llevé tanto tiempo junto a mi pecho.

Aunque el anillo fue el más insignificante de los tesoros que retuve de Irina.

No sé por qué las personas tenemos tendencia a arrepentimos de nuestros actos cuando ya no tienen remedio. Ahora, tantos años después, quisiera que todo hubiera sucedido de otro modo entre Víctor y yo. Supongo que, tras lo ocurrido, nuestra separación era inevitable. No me re-

fiero a una separación física: seguí viéndole, claro, pero sólo porque no podía evitarlo. Y durante aquellas visitas me mostré cordial, pero más frío de lo que es habitual en mí. Es mi peor defecto: soy de natural reservado. Algunos lo llaman timidez. Sucede que no me gusta compartir mis cosas con cualquiera. Víctor, para mí, era un cualquiera. Y más después del verano en que apareció Irina en las vidas de los dos.

No podía ser de otra forma. Cometimos la mayor torpeza que pueden cometer dos hombres: nos enamoramos al mismo tiempo de la misma mujer. La esencia de lo que ocurrió parece vulgar vista desde la perspectiva de los años. Podría decirlo de otro modo, pero eso no cambiaría las cosas: los detalles circunstanciales no tienen relevancia, aunque entonces sí la tuvieron. Yo no podía soportar la idea de que ella le correspondiera. Me parecía indigno de alguien tan especial como Irina el sucumbir a los encantos fáciles de un seductor casi profesional como Víctor. Había conocido demasiadas mujeres rendidas ante sus encantos de pacotilla y no podía sufrir que ella fuera una más. Supongo que en alguna ocasión soñé con que Irina fuera única. Por eso pensé tantas veces en contarle toda la verdad sobre él, pero no lo hice. Veo ahora que la culpa la tuvo, de nuevo, mi talante introvertido. En cambio, me comí mi rabia muchas veces en el silencio nocturno de aquella casona alquilada.

En el fondo, no toleraba que mi rival no me diera ni siquiera la oportunidad de medir con él mis fuerzas, que me despreciara hasta el punto de ni siquiera temerme, que no existiera la ocasión de pelear por aquellos sentimientos que me asfixiaban. Víctor estaba acostumbrado a ganar esta suerte de batallas, y aquélla no iba a ser una excepción. He pensado muchas veces qué habría pasado si yo no hubiera tenido diecisiete años. Sospecho que nada muy distinto. El desenlace hubiera sido el mismo. Nada,

en aquel momento, importaba, salvo que yo quería a Irina, Irina quería a Víctor y Víctor sólo se quería a sí mismo.

Tal vez sea cierto y me gusten las mujeres tristes. Durante mi adolescencia, nunca fui feliz en ninguna parte. No me faltaban motivos, era más bien una cuestión de talento. Hay gente que no sabe ser feliz, y yo era uno de ellos. También eso ha cambiado con los años, y en parte también gracias a Irina. Seguí las sendas de aquel mapa fabuloso que ella desplegó ante mis ojos y, si ahora he vislumbrado la posibilidad de volver a verla es sólo porque he llegado a un punto que parece un final, un destino. No he sabido de ella en todos estos años, aunque de vez en cuando he tropezado con su nombre en algunos de los libros que he leído. Irina es hoy una buena traductora de la lengua que tanto ama, el ruso. Vive en San Petersburgo, un lugar de belleza y frío del que me habló muchas veces, durante aquel verano que compartimos. Sé que es feliz porque adora esa ciudad. Solía decirlo: no había nada en el mundo que deseara tanto como vivir allí.

Hacia San Petersburgo me dirijo ahora, vía Helsinki. Mi hotel está en la calle Bolshaya Morskaya. Llegaré mañana a primera hora. No me espera nadie, ni siquiera Irina. Aunque, de algún modo, Irina lleva muchos años esperándome.

Ha pasado mucho tiempo desde nuestra última conversación, y tengo mucho que contarle. Le llevo un ejemplar de mi novela. Ella es la protagonista, creo que es justo que la tenga. También quiero devolverle algo que no debería haber estado en mi poder tanto tiempo.

Todo lo demás no importa. Por supuesto, sé que me arriesgo a encontrarme con una mujer muy diferente a la Irina que yo conocí. Puede ser que se haya casado, que tenga hijos... nada de eso es relevante. Las circunstancias han dejado de tener importancia. Todo es diferente ahora. Víctor ha muerto. Tal vez ella no quiera saberlo, tal vez no le importe, pero también siento que debo decírselo.

Sólo me queda añadir que Víctor era mi padre. Un padre al que no deseo parecerme. Si ahora pudiera decirle que voy en busca de Irina, ni siquiera se acordaría de ella, o la confundiría con alguna otra. Mi madre es capaz de reírse de esas cosas. Ella le perdonó. No sé si yo seré capaz de hacerlo algún día. Tal vez al final de esta historia pueda, por lo menos, comprenderle un poco. Por ahora, me he propuesto, en este principio de mi viaje ruso, recordarlo todo, sin olvidarme un detalle. Enfrentarme al pasado y revivirlo. Empezando por

EL PRINCIPIO

de todo fue aquella tuberculosis que me diagnosticaron a los diecisiete años. Yo no me sentía enfermo, sólo cansado. Estaba más delgado y había empezado a toser. El médico me examinó, me pidió que tosiera un poco mientras sostenía un pañuelo de papel frente a mi boca –cuando lo retiró había en él una diminuta mancha de sangre–, y luego explicó a mis padres que la tuberculosis, pese a ser extraña a mi edad, no era una enfermedad poco común, y que mucha gente, en contra de lo que todo el mundo piensa, la sigue padeciendo en nuestros días.

Me recetó unos antibióticos.

–Notarás que la orina se te vuelve anaranjada –advirtió el doctor, sin levantar la vista del papel en el que garabateaba algo.

Cuando por fin nos miró, alzando los ojos por encima de las gafas de montura plateada, dijo a mis padres:

–Estaría bien que pensarán en llevarse al chico una temporada a algún lugar donde pueda respirar un aire mejor que el de la ciudad.

Así empezó todo. Una frase que cambió el rumbo de mi existencia.

En cuanto pisamos la calle, volvieron las caras largas. Frente a un extraño los adultos son capaces de disimular. En cuanto la normalidad regresa, también los conflictos reaparecen. Eso aprendí de mis padres, que en aquella

época estaban enfadados las veinticuatro horas del día, siete días a la semana y cincuenta y dos semanas al año. No soporto las caras largas. La vida en casa se había vuelto, desde hacía unos meses, insufrible.

Mientras eres un crío, tus padres también disimulan delante de ti, o procuran pelearse a tus espaldas. En mi casa esto se terminó de un día para otro, supongo que coincidiendo con el momento en que uno de los dos pensó que yo ya no era tan pequeño y que el concierto de gritos, llantos y palabras envenenadas no me iba a afectar. Se equivocaron. Me gustaría saber si hay alguien a quien no le afecte descubrir, después de diecisiete años de convivencia, que sus padres no son perfectos, sino dos personas de carne y hueso cargados de defectos que, además, tienen cierta facilidad para hacerse daño el uno al otro sin ningún motivo. Claro que, pensándolo bien, no conozco a nadie que discuta de un modo racional, aunque no esté casado con el otro.

El único motivo que se me ocurría entonces para explicar la crisis familiar era aquella insistencia de mi madre en que Víctor intentara cambiar de orquesta. Lo cual era como decir cambiar de trabajo. Víctor pasaba fuera toda la semana. El asunto de la distancia, la incomodidad y la soledad ya eran recurrentes durante el poco tiempo que estaba en casa. La frase más pronunciada por mamá era: «No se vive para trabajar, se trabaja para vivir». También solía ponerme a mí como excusa: «Álex ya va siendo mayor —decía—, cada vez necesita más tener a su padre cerca». No me gustaba que lo dijera, pero tenía razón: por aquella época, yo echaba de menos a Víctor de martes a domingo. Y, a veces, cuando llamaba el domingo por la noche con su lista de excusas para no venir, también le extrañaba los lunes, que entonces era su único día libre. Sus pretextos favoritos eran los ensayos de su nuevo grupo de cámara o los exámenes a los que debía asistir como miembro del tribunal.

Mi padre era violinista, y no uno cualquiera. También era profesor del Conservatorio y concertino en la orquesta de una ciudad a unos cuantos kilómetros de la nuestra. Y, por si todo eso no bastara, desde hacía unos meses formaba parte de un grupo de música de cámara que había fundado con algunos compañeros y con el que esperaba debutar antes de final de año. Elaborar el programa que iban a ofrecer supuso dos semanas de ausencia. Luego estaban los ensayos y las horas de estudio en casa. No es fácil llegar tan lejos en la música, hay que sacrificar muchas horas. Él había logrado el respeto de sus colegas por méritos propios, aunque a un precio alto para su familia.

Yo fui siempre el típico chaval necesitado de emociones o de compañía. No tenía facilidad para relacionarme con nadie, ni siquiera con gente de mi misma edad. En el instituto apenas tenía un par de amigos, no jugaba al fútbol, no me gustaban las excursiones y detestaba los trabajos en grupo. Conforme crecía me volvía más y más reservado, casi antipático. Puede que empezara a escribir a causa de mi necesidad de comunicarme, no lo sé. O puede que inventara mundos perfectos para sustituir a mi propio mundo. Nada era entonces demasiado meditado. Llenaba hojas y hojas de papel como si fuera algo natural. La idea de ser escritor rondaba por mi cabeza, pero sólo me lo tomé en serio mucho después, cuando conocí a Irina. Se podría decir que fue ella quien me hizo escritor al convertirse en mi primera lectora. Solía decirme:

—Un escritor, para serlo, sólo necesita una sola persona que le lea con entusiasmo. Sólo una.

Así estaban las cosas cuando una orquesta de prestigio convocó unas oposiciones para cubrir una plaza de primer violín. Era un puesto a la medida de mi padre. La orquesta era sobradamente conocida y tenía su sede en nuestra propia ciudad. Por si fuera poco, el director era Luis Pacheco, uno de sus mejores amigos, además de uno de los visitantes más habituales de nuestra casa, gran admirador de

los platos que cocinaba mi madre y me hubiera atrevido a asegurar que también de mi madre. A pesar de que todo era favorable, a pesar de que mamá insistió e insistió, de que incluso Pacheco estuvo de acuerdo en que era un puesto a la medida de Víctor y dijo que estaría encantado de que se lo adjudicaran... a pesar de todo, mi padre ni siquiera se lo planteó.

Cuando mamá le hablaba del asunto, solía argumentar que era ya demasiado mayor para andar cambiando de compañeros y de director. Decía que no podía hacerles esto a sus colegas del grupo de cámara. También hablaba de no sé qué puntos acumulados por sus años en la enseñanza, que le daban —«nos daban», decía siempre— derecho a prestaciones fabulosas el día de su jubilación. A mamá y a mí, todo aquello nos traía sin cuidado. No tuvo que pasar mucho tiempo para que comprendiéramos que Víctor no tenía ningún interés en trabajar más cerca de casa, por mucho que su mujer insistiera o su hijo le necesitara.

Mi enfermedad llegó cuando las heridas de este último conflicto aún no habían cicatrizado.

Por la noche, cuando llegamos a casa después de que me viera el médico, estalló una crisis. Papá contó a mamá que durante los últimos meses otra mujer le había tenido embrujado. Ésa fue, exactamente, la palabra que utilizó: embrujado. No sé por qué tuvo que contar aquello precisamente en aquel momento. Era una mandolinista de la orquesta. Una húngara, o una búlgara, que habían contratado para la Séptima de Mahler, y que apenas estuvo allí una semana. Mamá escuchaba impertérrita, mirándole a los ojos, como desde un retrato. Estaban sentados a la mesa del salón, el mantel salpicado de las migas de la cena, y durante un buen rato Víctor estuvo hablando solo, como en una de sus conferencias. Dijo que aquel episodio —otra palabra suya— con la mandolinista ya había terminado, que nunca pensó que aquella mujer fuera para él nada serio, pero que todo ese asunto le había hecho sospechar

que su matrimonio podía estar naufragando; y, en fin, que había resuelto tomarse unos días para meditarlo.

—Desde luego, si esto naufraga no será por mi culpa —dijo mamá—, yo nunca me he fijado en otro hombre. En cambio, tú, ya no sé las veces que... si hasta lo intentaste con Laura.

Laura era —sigue siendo, pero sólo porque la capacidad de mamá para perdonar y olvidar es inaudita— la mejor amiga de mi madre. Por aquel entonces, era una joven viuda con dos niños pequeños que casi siempre estaba en nuestra casa en busca de consuelo, consejo o compañía. Mi padre, claro, estaba dispuesto a darle cuanto le pidiera y mucho más.

—Eso no importa ahora, Blanquita —se adelantó papá—. Lo importante es que ambos creamos en esta pareja. Sinceramente, pienso que un poco de distancia y algo de tiempo nos sentarán bien. Estoy pensando en alquilar algo por ahí, en algún pueblo de montaña, y llevarme al chico. Él lo necesita y nosotros también. Creo que será lo mejor.

Víctor se fue camino del baño, a su ceremonia higiénica de todas las noches: lavarse los dientes, darse una ducha, embadurnarse de cremas. Mi madre, que no parecía haber movido ni un músculo, murmuraba:

—Nunca he creído que las separaciones ayuden a arreglar las cosas.

Sólo hacía una semana que había terminado el curso y ya se adivinaba que aquél no iba a ser un verano como los demás. En, apenas cuarenta y ocho horas, gracias al conocido del conocido de un amigo, mi padre había alquilado una casita en un pueblo de la provincia de Soria.

—Es un lugar tranquilo, apartado, saludable. Saldremos a respirar por las mañanas y por las noches estudiaré. Podré preparar el programa del grupo y el solo de Scherezade. Es perfecto —anunció Víctor.

—¿Y qué vais a comer? —preguntó mi madre.

—Me han hablado de una mujer del pueblo que cocina para algunos veraneantes. En cuanto lleguemos contactaré con ella.

Nada interfirió en los planes de mi padre. Mamá preparó nuestras maletas con una docilidad que me sacó de quicio. Hubiera preferido que se rebelara, que le reprochara a Víctor aquella actitud, que se atreviera a plantarle cara, incluso a amenazarle con marcharse si él no cambiaba, aunque fuera por una vez. Sin embargo, ella nunca levantó la voz a su marido. Antes de que se acostara aquella noche —sin cenar y muy temprano, como casi siempre en las últimas semanas—, intenté tener una conversación adulta con ella, pero fue inútil.

—¿Por qué no vienes tú también, mamá? —le pregunté—. La casa debe de ser grande, no hace falta que os veáis todo el tiempo. Para ti serían como unas vacaciones.

Me acarició el pelo, ladeándome el flequillo, en un gesto muchas veces repetido.

—Prefiero quedarme aquí.

Luego sonrió, con cansancio, o con tristeza, y añadió:

—Lo que quiero es que te pongas bien y que hagas caso a tu padre.

Sólo en el mismo instante de nuestra partida, cuando papá ya tenía en las manos las llaves del coche y el mapa de carreteras, mi madre dijo:

—Espero que me echéis un poquito de menos.

A lo que mi padre contestó con una de esas zalamerías tan suyas, tan insulsas, que siempre lograban su objetivo:

—Claro que sí, tontorrón. Cómo no te vamos a extrañar.

Me pareció que ella sonreía mientras cerraba la puerta de casa. Su sonrisa, licuada por las lágrimas de todos los días precedentes, se veía a través de la rendija que aún permanecía abierta mientras subíamos al ascensor, y se estrechaba, se estrechaba, se estrechaba hasta

DESAPARECER

por completo del mundo no es tan complicado. Sólo hay que encontrar el lugar adecuado. El pueblo en el que mi padre había alquilado una casa antigua, rústica y demasiado grande para nosotros dos era más bien una aldea: apenas dos docenas de edificios arracimados alrededor de una carretera secundaria, incluida la iglesia, el ayuntamiento, la oficina de correos y el supermercado. También había algo parecido a un bar, por cuyo patio deambulaban las vacas. Unos quinientos metros más allá, siguiendo un camino de tierra que era ruta habitual de las ovejas de la zona, estaba nuestra casa, rodeada de un huerto o un jardín que nadie cuidaba desde hacía años y que se había llenado de zarzas y yerbajos. Era una construcción de dos plantas. En la inferior, había un salón y una cocina bastante grandes, además de una despensa, un patio con lavadero, un gallinero –sin gallinas–, un aseo rudimentario que en invierno debía de ser glacial y un antiguo granero que hacía las veces de cochera. En la planta superior, estaban las cinco habitaciones y el único cuarto de baño. La casa mantenía un ambiente de oscuridad y frescor que, imaginé, debía a sus anchos muros de piedra.

Elegí una de las habitaciones que daban al camino, la única cuya puerta tenía cerradura. Desde allí se veía, algo escondida entre la vegetación, parte de la casa vecina. El muro que cercaba el terreno, la verja de entrada y parte

del jardín eran bien visibles con sólo asomarse un poco. Parecía más grande que la nuestra, aunque era difícil precisararlo: desde allí sólo podía ver una ventana y parte del muro que la contenía. Abrí la puerta de par en par y escuché el silencio. De no ser por alguna campana o algún ladrido lejanos, el crepitar de la vegetación seca azotada por el viento o los rumores apenas distinguibles, el silencio habría sido absoluto. Me senté en la cama –rústica, fuerte, alta– y observé el exterior. No había una sola nube en el cielo. No se oía el rugido de un solo motor. No olía a comida en la casa a pesar de que era la hora de comer. No había televisión. Todas aquellas ausencias juntas compusieron un mal presagio, el primero: me iba a aburrir mucho allí, iba a echar de menos mis cosas, las largas conversaciones con mamá y mis caminatas por un Madrid atestado de tráfico incluso en agosto. Allí estaba, en un lugar extraño, sentado sobre una cama distinta a todas en las que alguna vez había dormido, mirando el cielo azul y preguntándome totalmente desconcertado: «¿Y ahora qué?».

–¿Te gusta la casa? –interrumpió mi padre, asomando la cabeza por la puerta de mi habitación–, ¿a que es fantástica?

Comimos porque mamá había insistido en que nos lleváramos medio queso, algo de embutido y una barra de pan. La superficie de la mesa de la cocina era oscura y rugosa. El silencio era tal que podía escuchar el sonido que hacían las muelas de mi padre al aplastar el chorizo. Mastucando el último bocado, Víctor se levantó y se marchó:

–Voy al pueblo, a hablar con esa cocinera y a comprar algo para el desayuno de mañana. Mientras tanto, puedes dormir una siesta.

No tengo costumbre de dormir siesta. Intenté ordenar mis cosas en aquel espacio. Coloqué mis camisetas en los cajones y dejé los libros sobre la mesa, junto a la ventana, al lado de la radio, que me gusta escuchar por las noches. Vi el coche rojo de mi padre alejarse por el camino de tie-